

Una era de tinieblas espirituales

El apóstol Pablo declaró que el día de Cristo no vendría “sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, es decir, el hijo de perdición, el cual se opone y se enfrenta a todo lo que se llama Dios o es objeto de culto. Llega al grado de sentarse en el templo de Dios y de ocupar su lugar, haciéndose pasar por Dios”. Además, declaró que “el misterio de la iniquidad ya está en acción” (2 Tesalonicenses 2:3, 4, 7, RVC). Aun en esas primeras décadas, el apóstol vio que algunos errores ya se estaban introduciendo en la iglesia, los cuales prepararían el camino para el papado.

Poco a poco “el misterio de la iniquidad” fue desarrollando su obra engañosa. Las costumbres paganas se fueron introduciendo en la iglesia cristiana, aunque fueron restringidas por un tiempo por las terribles persecuciones que se realizaron bajo el paganismo; pero cuando cesó la persecución, el cristianismo abandonó la humilde sencillez de Cristo, y la reemplazó por la pompa de los sacerdotes y los gobernantes paganos. La conversión nominal de Constantino causó gran regocijo. Ahora la obra de corrupción progresaba rápidamente. El paganismo, que parecía conquistado, se convirtió en el conquistador. Sus doctrinas y sus supersticiones fueron incorporadas en la fe de los profesos seguidores de Cristo.

Esta alianza entre el paganismo y el cristianismo dio como resultado la formación del “hombre de pecado” predicho en la profecía. Esa falsa religión es una obra maestra de Satanás, y de su esfuerzo para sentarse en el trono con el fin de gobernar la Tierra de acuerdo con su voluntad.

Una de las principales doctrinas del romanismo enseña que el Papa se halla investido de suprema autoridad sobre los obispos y pastores de todo el mundo. Más que esto, el Papa ha sido denominado “Señor Dios el Papa” y declarado infalible. Satanás sostiene la misma pretensión que tuvo en el desierto de la tentación, ahora por medio de la Iglesia de Roma, y vastas multitudes le rinden homenaje.

Pero, los que reverencian a Dios hacen frente a esta pretensión, como Cristo hizo frente a su astuto enemigo: “Adora al Señor tu Dios y sírvele solamente a él” (S. Lucas 4:8). Dios nunca ha nombrado a ser humano alguno como cabeza de la iglesia. La supremacía papal es algo contrario a las Escrituras. El Papa no puede tener poder sobre la iglesia de Cristo, excepto por usurpación. Los partidarios de Roma presentan ante los protestantes la acusación de haberse separado obstinadamente de la verdadera iglesia. Pero ellos son los que se han apartado de “la fe que una vez fue dada a los santos” (S. Judas 1:3, RVC).

Satanás sabe bien que el Salvador resistió sus ataques mediante las Sagradas Escrituras. Ante cada asalto, Cristo presentaba el escudo de la verdad eterna, diciendo: “Escrito está”. Para que Satanás pueda ejercer su dominio sobre los seres humanos y establecer la usurpadora autoridad papal, necesita que ignoren las Escrituras. Las sagradas verdades de la Biblia debían ser ocultadas y suprimidas. Durante centenares de años, la circulación de la Biblia fue prohibida por la Iglesia Romana. Se le prohibía a la gente leerla. Sacerdotes y prelados interpretaban sus enseñanzas para sostener sus pretensiones. Así, el Papa llegó a ser reconocido casi universalmente como el vicario de Dios en la Tierra.

Cómo se “cambió” el sábado

La profecía declaraba que el papado iba a “cambiar los tiempos y la ley” (Daniel 7:25, RV 60). Para poder reemplazar el culto a los ídolos, se introdujo gradualmente la adoración de las imágenes y las reliquias en el culto cristiano. El decreto de un concilio general finalmente estableció esta idolatría. Roma se atrevió a borrar de la Ley de Dios el segundo Mandamiento, que prohíbe adorar imágenes, y a dividir el décimo en dos, con el fin de conservar el número total.

Dirigentes inconversos de la iglesia atentaron también contra el cuarto mandamiento de la Ley, para eliminar el descanso del sábado histórico, el día que Dios había bendecido y santificado (Génesis 2:2, 3), y exaltar en su lugar el día festivo observado por los paganos como “el venerable día del sol”. En los primeros siglos, todos los cristianos habían guardado el verdadero sábado, pero Satanás trabajó para alcanzar su objetivo. El domingo fue hecho un día festivo en honor de la resurrección de Cristo. Se realizaban servicios religiosos en él, aunque se lo consideraba como un día de recreación, mientras que el sábado continuaba siendo observado sagradamente.

Satanás había inducido a los judíos, antes del advenimiento de Cristo, a sobrecargar el sábado con exigencias rigurosas, y lo convirtió en una carga. Ahora, aprovechándose de la falsa luz que había arrojado sobre él, hizo que los cristianos lo despreciaran como una institución “judía”. Mientras que en general continuaban observando el domingo como día festivo de gozo, los indujo a considerar el sábado como un día de tristeza y de pesar, para manifestar odio hacia el judaísmo.

El emperador Constantino promulgó un decreto en el que convertía al domingo en una festividad pública para todo el Imperio Romano. El día del sol fue entonces reverenciado por sus súbditos paganos y honrado por los cristianos. Constantino fue instado a hacer esto por los obispos de la iglesia. Motivados por una sed de poder, percibieron que si tanto cristianos como paganos observaban el mismo día se haría progresar el poderío y la gloria de la iglesia. Pero, aunque muchos cristianos que temían a Dios fueron inducidos gradualmente a considerar el domingo como un día que poseía cierto grado de santidad, todavía se mantenían fieles al descanso sabático y observaban ese día en obediencia al cuarto Mandamiento.

El archiengañosador no había completado su obra, y estaba resuelto a ejercer su poder por medio de su vicario, el orgulloso pontífice que pretendía representar a

Cristo. Se realizaron grandes concilios en los que se reunieron dignatarios de todo el mundo. Prácticamente en cada concilio empequeñecían cada vez más el sábado, en tanto que exaltaban el domingo. Así, la festividad pagana llegó finalmente a ser honrada como institución divina, mientras que el sábado de la Biblia fue proclamado como una reliquia del judaísmo y su observancia fue declarada maldita.

El apóstata había tenido éxito en exaltarse a sí mismo sobre “todo lo que lleva el nombre de Dios o es objeto de adoración” (2 Tesalonicenses 2:4). Se había atrevido a cambiar el único precepto de la Ley divina que señala al Dios vivo y verdadero. El cuarto Mandamiento revela a Dios como el Creador. Al ser la conmemoración de la obra de la Creación, el séptimo día fue santificado como el día de descanso para la humanidad, designado para mantener siempre al Dios vivo en la mente de los seres humanos como objeto de adoración. Satanás lucha para desviar a los seres humanos de la obediencia a la Ley de Dios; por lo tanto, dirige sus esfuerzos especialmente contra el mandamiento que señala a Dios como el Creador.

Los protestantes ahora alegan que la resurrección de Cristo en el día domingo lo convirtió en el sábado cristiano. Pero ni Cristo ni sus apóstoles le otorgaron tal honor a ese día. La observancia del domingo tuvo su origen en el “misterio de la iniquidad” (2 Tesalonicenses 2:7, RVC) que, ya en los días de Pablo, había comenzado su obra. ¿Qué razón puede ofrecerse para justificar un cambio que las Escrituras no aprueban?

En el siglo VI el obispo de Roma fue declarado cabeza de toda la iglesia. El paganismo había dado lugar al papado. El dragón le había dado a la bestia “su poder, su trono y gran autoridad” (Apocalipsis 13:2).

Ahora habían empezado los 1.260 años de opresión papal, predichos en las profecías de Daniel y Apocalipsis (Daniel 7:25; Apocalipsis 13:5-7). Los cristianos eran obligados a elegir entre abandonar su integridad y aceptar las ceremonias y el culto papal, por una parte, o pasar la vida en calabozos y sufrir la muerte, por la otra. Ahora se cumplían las palabras de Jesús: “Ustedes serán traicionados aun por sus padres, hermanos, parientes y amigos, y a algunos de ustedes se les dará muerte. Todo el mundo los odiará por causa de mi nombre” (S. Lucas 21:16, 17).

El mundo llegó a ser un extenso campo de batalla. Durante centenares de años, la iglesia de Cristo encontró refugio en la reclusión y la oscuridad. “Y la mujer [la iglesia verdadera] huyó al desierto, a un lugar que Dios le había preparado para que allí la sustentaran durante mil doscientos sesenta días” (Apocalipsis 12:6).

La llegada de la Iglesia Romana al poder señaló el comienzo de la Edad Media, la edad oscura. La fe fue transferida de Cristo al Papa de Roma. En lugar de confiar en el Hijo de Dios para el perdón de los pecados y la salvación eterna, el pueblo miraba al Papa y a los sacerdotes a quienes él había investido de autoridad. El Papa era su mediador terrenal. Ocupaba para ellos el lugar de Dios. Una desviación de los requerimientos que él había impuesto era suficiente para que fueran castigados severamente. De esta forma, las mentes del pueblo fueron desviadas de Dios hacia seres humanos crueles y falibles; más aún, hacia el mismo príncipe de las tinieblas, quien ejercía su poder por medio de ellos. Cuando se suprimen las Escrituras

y el ser humano empieza a considerarse como supremo, solo aparecen el fraude, el engaño y la vil iniquidad.

Días de peligro para la iglesia

Los fieles que sostenían el estandarte eran pocos. A veces parecía que el error prevalecería por completo, y que la verdadera religión sería desterrada de la Tierra. Se perdía de vista el evangelio, y el pueblo era recargado con rigurosos impuestos. Se enseñaba a la gente a confiar en las obras propias para conseguir el perdón de sus pecados. Largas peregrinaciones, actos de penitencia, el culto a las reliquias, la construcción de iglesias, santuarios y altares, el pago de grandes sumas a la iglesia: estas eran las cosas impuestas para aplacar la ira de Dios o para asegurar su favor.

Hacia el final del siglo VIII, los partidarios del Papa empezaron a sostener que, en los primeros siglos de la iglesia, los obispos de Roma habían poseído los mismos poderes espirituales que ahora ellos se arrogaban. Los monjes falsificaron escritos antiguos. Se descubrieron decretos conciliares de los que nunca se había oído, que establecían la supremacía universal del Papa desde los primeros tiempos.

Los fieles que edificaban sobre el seguro fundamento (1 Corintios 3:10, 11) estaban perplejos. Cansados de la lucha constante contra la persecución, el fraude y cualquier otro obstáculo que Satanás pudiera idear, algunos que habían sido fieles se desanimaron. Por el bien de la paz y la seguridad de sus propiedades y su vida, abandonaron el seguro fundamento. Pero otros no se dejaron intimidar por la oposición de sus enemigos.

El culto de las imágenes se hizo general. Se encendían velas ante ellas y se les ofrecían oraciones. Se practicaban las más absurdas costumbres y la razón misma parecía haber perdido su poder. Mientras los preladados y los obispos eran personas corruptas y amantes del placer, la gente que esperaba de ellos dirección estaba sumergida en la ignorancia y el vicio.

En el siglo XI el papa Gregorio VII proclamó que la iglesia nunca se había equivocado, y que jamás se equivocaría, y pretendió que eso estaba de acuerdo con las Escrituras. Pero ninguna prueba bíblica acompañaba esa declaración. El orgulloso pontífice también pretendía tener autoridad para remover emperadores. Una ilustración del carácter tiránico de este abogado de la infalibilidad fue la forma en que trató al emperador alemán Enrique IV. Por considerar que este había desestimado la autoridad del Papa, Enrique IV fue excomulgado y destronado. Sus propios príncipes fueron animados a rebelarse contra él por mandato papal.

Enrique sintió la necesidad de hacer las paces con Roma. Acompañado por su esposa y un fiel sirviente, cruzó los Alpes en pleno invierno para humillarse ante el Papa. Al llegar al castillo de Gregorio, fue conducido a un atrio exterior. Allí, en medio del severo frío del invierno, con la cabeza descubierta y los pies desnudos, esperó el permiso del Papa para aparecer ante su presencia. Solamente después de haber pasado tres días de ayuno y confesión, el pontífice le concedió el perdón. Y esto todavía con la condición de que debía esperar la autorización del Papa para

volver a usar las insignias reales o ejercer su poder. Gregorio, envanecido con su triunfo, se jactó de que era su deber humillar el orgullo de los reyes.

Cuán notable es el contraste entre este abusivo pontífice y Cristo, que se presenta a sí mismo pidiendo entrada a la puerta del corazón. Él les enseñó a sus discípulos: “El que entre ustedes quiera ser el primero, será su siervo” (S. Mateo 20:27, NBLA).

Aun antes del establecimiento del papado, las enseñanzas de los filósofos paganos habían ejercido su influencia en la iglesia. Muchos aún se aferraban a los principios de la filosofía secular e instaban a otros a estudiarla como un medio para extender su influencia entre los paganos. Así se introdujeron serios errores en la fe cristiana.

Cómo se introdujeron las falsas doctrinas

Entre las falsas doctrinas, se destacan la creencia en la inmortalidad natural del ser humano y su estado consciente después de la muerte. Esta doctrina forma el fundamento sobre el que Roma estableció la invocación de los santos y la adoración a la Virgen María. De esto surgió también la herejía del tormento eterno para los que eran definitivamente impenitentes, que muy pronto fue incorporada al credo papal.

Estaba preparado el camino para otra invención del paganismo: el Purgatorio, empleado para aterrorizar a las multitudes supersticiosas. Esta herejía afirma la existencia de un lugar de tormento donde las almas de los que no habían merecido la eterna condenación sufren un castigo por sus pecados. Desde allí, cuando son limpiadas de la impureza, son admitidas en el Cielo.

Todavía se necesitaba otra mentira para permitir que Roma se beneficiara de los temores y los vicios de sus seguidores: la doctrina de las indulgencias. Se prometía la completa remisión de los pecados pasados, presentes y futuros a todos los que se alistaran en las guerras del pontífice para castigar a sus enemigos o para exterminar a aquellos que osaran negar su supremacía espiritual. Mediante el pago de dinero a la iglesia, las personas podían liberarse de sus pecados y también liberar a las almas de los amigos muertos que sufrían en las llamas atormentadoras. De esta manera, Roma llenó sus cofres y sostuvo la magnificencia, el lujo y el vicio de los que afirmaban ser representantes de aquel que no tenía dónde reclinar la cabeza.

La institución bíblica de la Cena del Señor fue reemplazada por el sacrificio idólatrico de la misa. Los sacerdotes papales pretendían convertir el sencillo pan y el vino en el verdadero “cuerpo y sangre de Cristo”.¹ Con blasfemia osadía, abiertamente reclamaban el poder de crear a Dios, el Creador de todas las cosas. Se exigía que los cristianos, bajo pena mortal, manifestaran su fe en esta herejía que ofendía al Cielo.

En el siglo XIII se estableció la más terrible maquinaria del papado: la Inquisición. En sus concilios secretos, Satanás dominaba la mente de esas personas perversas. Sin ser visto por ellas, un ángel de Dios tomaba nota de sus terribles e inicuos decretos y registraba la historia de hechos demasiado horribles para los

¹ Conferencias del cardenal Wiseman sobre “The Real Presence” [La presencia real], conf. 8, sec. 3, párr. 26.

ojos humanos. “La gran Babilonia” “se había emborrachado con la sangre de los santos” (ver Apocalipsis 17:5, 6). Los cuerpos mutilados de millones de mártires clamaban a Dios por venganza contra ese poder apóstata.

El papado había llegado a ser el tirano del mundo. Reyes y emperadores se inclinaban ante los decretos del pontífice romano. Durante centenares de años, las doctrinas de Roma se recibieron sumisamente. Se honró y sostuvo generosamente a sus clérigos. Desde entonces, nunca la Iglesia Romana alcanzó de nuevo tanto rango, brillo o poder.

Pero “el mediodía del papado fue la medianoche del mundo”.² Las Escrituras eran casi desconocidas. Los dirigentes papales odiaban la luz que revelaba sus pecados. Habiéndose eliminado la Ley de Dios, la norma de justicia, practicaban vicios sin restricción. Los palacios de los papas y los prelados eran escenarios de vil libertinaje. Algunos de los pontífices eran culpables de crímenes tan horrorosos que los gobernantes seculares intentaron destronarlos por ser monstruos demasiado viles para ser tolerados. Durante siglos, Europa se estancó en materia de saber, arte y civilización. Una parálisis moral e intelectual había dominado a la cristiandad.

¡Estos fueron los resultados de haber desterrado la Palabra de Dios!

² J. A. Wylie, *The History of Protestantism* [La historia del protestantismo], lib. 1, cap. 4.